

mento ó de la Prueba, creada por Leopoldo de Médicis, y la de los Linceos, presidida por Galileo, perfeccionaron, propagaron y acreditaron de bueno el método experimental y con ello dieron poderoso impulso á las ciencias físicas, entonces nacientes; que la Academia Mejicana de Ciencias, correspondiente de la Real de Madrid, siga tan gloriosas huellas y contribuya á perpetuar el reinado de la Lógica por el cultivo de las ciencias y el imperio de éstas, por la observancia rigurosa del método.



DISCURSO

Sobre la enseñanza de Humanidades y especialmente de la lengua latina,
dedicado al señor académico, Lic. D. Joaquín Baranda.



SEÑORES ACADEMICOS :

LOS estudios preparatorios, si hubiéramos de atenernos á su nombre, sólo deberían proporcionar los conocimientos necesarios, para poder seguir los cursos profesionales; pero la verdad es que ni en esta época, ni en épocas anteriores, ha sido tal preparación el único fin que mediante esos estudios se ha intentado obtener.

Se ha tenido presente otro de no menor trascendencia: se ha querido que la juventud escolar alcance un grado de cultura proporcionado á los adelantos del tiempo en que vive, y que la Nación no quede rezagada en el movimiento intelectual que se advierte en

los demás pueblos civilizados. Pues no hay que dudar, los escolares de hoy son los sabios de mañana que confiarán al libro ó al periódico el fruto de sus estudios; son los que desde lo alto de la cátedra depararán instrucción á los que de ellos esperen el pan de la ciencia; los que divulgarán las enseñanzas de ésta entre las indoctas muchedumbres.

Puede muy bien asegurarse que hasta la hora presente, la enseñanza llamada preparatoria no halla todavía entre nosotros su centro de gravedad. Desde el año de 1868 viene oscilando entre dos opuestos sistemas: el de estudios uniformes para todas las carreras y el de estudios especiales.

De algunos años á esta parte luchan también dos escuelas rivales: la primera aspira al reinado absoluto del positivismo y de las ciencias llamadas positivas; la otra impugna á las escuelas empíricas, porque quiere que las ciencias descansen sobre más ancha base que la que ofrecen los sentidos, y desea establecer con mayor amplitud los estudios de Humanidades, que su antagonista mira, á lo menos en parte, con mal encubierto desdén.

Estos estudios quedarían encerrados dentro de límites demasiado estrechos, si hubieran de reducirse al conocimiento gramatical del Griego y del Latín. “Las clases de Humanidades, dice el profundo pensador Alfredo Fouillée, deben despertar en el espíritu del niño sentimientos que sean propiamente humanos y que lleven á su alma el alma de la humanidad entera. En otros términos, es fuerza transportar al espíritu del individuo lo que haya de mejor en la evolución humana. Colítese de aquí que han de desenvolverse en éste las facultades que forman al hombre, y han de tener por objeto estas facultades las verdades más altas y los sentimientos más nobles á que ha llegado el género humano.”

El conocimiento de las lenguas griega y latina y de sus respectivas literaturas, logra en gran parte la realización de fines tan elevados; pero exageraríamos la influencia que ese conocimiento ejerce en la educación intelectual del espíritu, si no reconociéramos la parte que toca en tarea tan importante á la Literatura General y á la Historia Universal, así como también la que co-

responde á la lengua vernácula y á la historia y literatura patrias que transfunden en el individuo el espíritu mismo de la Nación.

La índole del fin que estos conocimientos alcanzan, justifica, á mi entender, la propiedad de la palabra *Humanidades* aplicada á todos ellos, pues todos ellos ponen en cada individuo las ideas y sentimientos más elevados, sentimientos é ideas que constituyen al hombre y reproducen en el alma individual los estados psicológicos de colectividades humanas más ó menos extensas.

En tan ardua empresa, desempeña la Literatura oficio muy principal, todavía más importante que el que está encomendado á la Historia. Ésta nos da á conocer la vida exterior de la humanidad, aquella nos descubre su vida íntima.

Si la Historia es la narración descarnada de los hechos, á la memoria incumbe ser fiel depositaria de ellos; y si, elevándose á regiones más altas, nos enseña las leyes que los gobiernan, á la inteligencia corresponde descubrir las relaciones de causalidad que los ligan y los caminos, muchas veces arcanos, por donde la Providencia

conduce á los pueblos para la realización de sus designios.

Las producciones literarias no sólo ejercitan la memoria y la inteligencia de quien las estudia y analiza, sino que halagan la fantasía, fecundan la imaginación, ennoblecen y acendran nuestros sentimientos, conmueven hondamente el alma y pueden engrandecerla por la excelsitud de las ideas y por la elevación y pureza de los afectos. Alguien ha dicho que las obras literarias son los latidos del corazón de la humanidad.

La Historia, por otra parte, refiere los hechos que han pasado; la Poesía narra, además, los que han podido acontecer. Los términos de la Historia están acotados por la realidad, los límites de la Poesía confinan con los de lo posible. Conciérne al historiador presentar hechos concretos; corresponde al poeta idear situaciones y poner nombres á los personajes á quienes encomienda la realización de sus ideales; pero como en la creación de situaciones y personajes ha de tener presente, para que sean verosímiles, lo que pide la naturaleza de cosas y personas, lo cual es algo univer-

sal; resulta que en esta labor poética hay que descender de lo universal á lo particular, al paso que el historiador, siguiendo procedimiento inverso, asciende de los hechos que la realidad le presenta á las leyes universales que rigen á la evolución de la humanidad, sin menoscabo ni de la causalidad divina, ni de la libertad humana.

Sin insistir más en las diferencias que median entre la Historia y la Literatura, es indudable que una y otra son necesarias para la educación intelectual y moral de los pueblos, la cual debe ser, según la escuela evolucionista, "una serie graduada de estados del espíritu y un desenvolvimiento del alma colectiva en el alma individual."

Aceptado este concepto de educación, es menester tomar todo lo que hay de mejor en la evolución de la nación, en la evolución de la raza y en la de la humanidad entera, y depositarlo como fértil simiente en la inteligencia y en el corazón de cada individuo; de manera que en el orden intelectual y en el moral llegue á ser como breve compendio y fiel trasunto de las perfecciones alcanzadas por las diversas colectividades de que forma parte, poniendo así en

armonía, como dice Augusto Comte, la evolución individual con la colectiva. Este fin se alcanza en parte por el estudio constante de la Historia; pero es medio mucho más eficaz el cultivo de la Literatura, la cual nos hace vivir una vida más íntima, que es la del sentimiento, cuya fuerza impulsiva es tan poderosa, y la vida de la imaginación, cuyo poder sugestivo tiene un alcance indefinido.

No creo que nadie ponga en tela de juicio verdades tan palmarias; pero al llegar á la aplicación de estos principios, algunos pedagogos eminentes y pensadores profundos quieren que de los estudios literarios queden borrados los de las lenguas griega y latina, sin las cuales es imposible llegar al conocimiento profundo é íntimo de sus literaturas. Y sin embargo, desde el Renacimiento acá, estas literaturas son las que han encendido á los pueblos en el amor al arte, á la libertad y á la patria. Y desde los primeros siglos del Cristianismo, el latín, sirviendo de vehículo al hebreo y al griego, ha difundido por todos los ámbitos del mundo civilizado el amor á Dios y al hombre, juntamente con los ideales cristia-

nos revelados á nuestra inteligencia por las enseñanzas bíblicas y más tarde vaciados en moldes clásicos.

Apenas podemos hallar literatura que haya ejercido influencia más benéfica, más universal y más profunda que la literatura latina por el intermedio de su lengua.

Si se suprime el conocimiento de las literaturas y de las lenguas clásicas, la teoría evolucionista de la educación seguida y sustentada por los mismos que impugnan la enseñanza del latín y del griego, quedaría sin aplicación. ¿Cómo reproducir en el individuo los diversos estados por que han pasado la nación, la raza, la humanidad entera, si se suprime toda la antigüedad? ¿Qué linaje de educación evolucionista es ésta que prescinde de los antecedentes históricos que explican en parte el estado psicológico de la humanidad actual? Y sin tales antecedentes históricos, ¿cómo explicar ni el arte, ni la historia, ni la filosofía? Ni puede objetarse que el conocimiento de la Historia sería bastante para unir el mundo antiguo con el mundo nuevo, pues ya hemos visto cuánto más honda, cuánto más íntima es la influencia que la Literatura tie-

ne en el espíritu humano. Si es necesario estudiar la Historia de Roma, aun lo es más conocer sus oradores y retóricos, sus filósofos y poetas.

Mas para poder graduar la importancia que tiene entre nosotros el estudio de las Humanidades en general y de las literaturas griega y latina en particular, nuestro criterio debe guiarse é ilustrarse por consideraciones de orden psicológico, á fin de que tengan por fundamento la base inconvencional de nuestro propio espíritu.

Importantes enseñanzas pedagógicas descansan en la teoría de Kant sobre el poder dinámico de nuestras ideas, teoría que según pienso derrama intensa luz en la cuestión que estamos discutiendo. Enseña en breve síntesis el filósofo citado que toda idea está provista de dos fuerzas: la una de adhesión y la otra de repulsión. Por la primera las ideas echan hondas raíces en nuestro espíritu, se adhieren á él y constituyen su manera de ser en el orden intelectual; por la fuerza de repulsión repelen vigorosamente toda idea que tienda á suprimirlas ó á desalojarlas de la inteligencia donde moran. Conforme á esta teoría, el primer dato

que se ha de tener presente al hacer la selección de los conocimientos que deba adquirir un pueblo ó un individuo, es á no dudar la índole de sus aptitudes, y éstas dependen de las ideas que más fácilmente se arraigan en su inteligencia. Los pueblos ó los individuos cuyo espíritu carece de las cualidades necesarias para elevarse hasta las altas regiones de las especulaciones abstractas, de las grandes generalizaciones y de los primeros principios; pero que en compensación so gozan en la contemplación de la naturaleza y de sus bellezas ó en el estudio de sus fuerzas y en la atenta observación de los fenómenos que se verifican en el Universo, no estarán destinados á señalar nuevos rumbos al pensamiento; mas según la índole de las ideas á cuya fuerza estén sometidos, serán científicos, artistas ó industriales. En los individuos y en las naciones hay tendencias varias: cuáles como la culta Francia dan forma á la belleza en sus diversas manifestaciones; cuáles como la pensadora Alemania son dominadas por el amor á las verdades trascendentales, y cuáles, en fin, como nuestra vecina del Norte, consagran de preferencia su inmen-

so poder intelectual al logro de lo útil. Bien se deja entender que no se excluyen estas diversas aptitudes y que en una misma nación pueden florecer poetas, oradores, artistas, industriales y hombres científicos al lado de filósofos eminentes; pero entre tan diversas aptitudes, alguna prevalece y se aventaja á las demás, y á ésta se debe atender, si se quiere saber qué linaje de conocimientos no han de descuidarse en la educación intelectual de un pueblo. Sería imposible, por ejemplo, convertir una colonia de industriales y comerciantes en una nación de inspirados artistas ó de poetas, y si tal cosa se intentara, se gastarían estérilmente las fuerzas vivas de ese pueblo; pues tal es la teoría de Kant: una vez que una idea ó que un orden de ideas se ha arraigado en nuestro entendimiento, lucha por la vida, como hoy se dice, y no consiente que le sean arrebatados sus dominios.

Por ley de herencia nuestras aptitudes no difieren esencialmente de las de nuestros progenitores. Tampoco nosotros hemos sido dotados de la paciencia y de la sagacidad del observador profundo, ni existen

entre nosotros genios que tengan la intuición de las leyes de la naturaleza.

Así se explica que otras naciones se hayan adelantado á España y á sus antiguas colonias en el conocimiento de las ciencias de observación y experimentales. En compensación ese gran pueblo se ha encumbrado hasta las más altas cimas de abstracciones ontológicas y teológicas, y desde allí ha descendido á los valles floridos de la más rica fantasía.

Atleta infatigable armado de la clave hercúlea del silogismo, alguna vez defendió en augusta asamblea, con no igualada gloria, verdades salvadoras y trascendentales, y también ha sabido trasfundir la belleza, por maravillosa manera comprendida, sentida ó ideada en obras de arte que vivirán perennemente. Así es que todos conceden de buen grado que los españoles han sido teólogos y metafísicos profundos, al mismo tiempo que poetas, oradores, artistas y humanistas insignes.

Las naciones de origen hispano, y entre ellas Méjico, han heredado las facultades estéticas de sus progenitores y su idoneidad para las concepciones abstractas y para

las ciencias deductivas, herencia preciosa, que es deber nuestro conservar. Será, pues, caso lamentable desatender la enseñanza de aquellas ciencias cuyo fundamento racional es independiente de la observación y de la experiencia, y no lo sería menos descuidar aptitudes notorias que deben ser bien dirigidas; mas de seguro se malograrían, si nuestra educación literaria no tuviera por base el conocimiento del latín y de su literatura.

Es para mí motivo de satisfacción que estas consideraciones pedagógicas que hace años deduje de la teoría de Kant en discurso dicho con motivo de alguna solemnidad escolar, (1) coincidan con las doctrinas de Fouillée, según el cual “la instrucción secundaria debe estar en armonía con el espíritu mismo de la nación, con sus hábitos y con sus aptitudes, con su historia, con las tradiciones mismas de su educación, de su lengua, de su literatura y de sus artes; en una palabra, con las formas y condiciones de la evolución nacional.”

(1) Discurso que escribí para pronunciarlo en la Escuela N. Preparatoria la noche del 9 de Agosto de 1890.

Sin embargo este conjunto de tradiciones, de hábitos y de aptitudes que forman nuestra evolución nacional, si no exigen que tengamos en poco nuestra educación científica, sí piden que cultivemos con extensión y profundidad los estudios de literatura y de lengua patria. El curso de la primera de estas asignaturas se limita hoy á la parte preceptiva ó Retórica; para que fuera completo debería contener una breve síntesis de nuestra historia literaria y junto con ella algunas nociones de Estética y de Crítica. Iniciados los alumnos en estos conocimientos, se penetrarán de la elevada magistratura que corresponde desempeñar en la República de las letras al que ha de ser juez de las producciones del ingenio, y desertarán de la escuela de Hermosilla, excelente preceptista, pero estrechísimo crítico que presumía fallar sobre el mérito de las producciones literarias, sin consultar más códigos que los de la Retórica y la Gramática, olvidando ciencias tan importantes como la Estética y la Psicología. De donde resultaron sus juicios tan superficiales, que no llegan nunca al meollo y substancia de la composición; sino que se de-

tienen en su forma más externa, que es el lenguaje que en ella se usa.

Mas aun suponiendo que nuestros cursos literarios fueran completos, carecerían de la preparación indispensable, sin el conocimiento de la literatura greco-latina. “De hecho, dice un gran pensador, las letras antiguas han sido las iniciadoras de las modernas en el arte, en la ciencia, en la vida cívica.” Maneuvrier ha tenido á este propósito una frase muy feliz: “Las literaturas modernas, dice, no tienen generación espontánea. Desde los griegos todo gran renacimiento literario ha procedido del contacto con otra gran literatura, principalmente con la antigua.”

Aun cuando mi principal intento, por ahora, es solamente poner de resalto la necesidad de estudiar la lengua latina, no puedo sostener su enseñanza sin defender asimismo la del griego, puesto que su causa es común, y aun algunas de las razones valederas para el estudio del idioma latino, cobran mayor fuerza, cuando se trata de la lengua de Homero y de Demóstenes. Por lo que toca á los Romanos, se ha dicho que no han tenido más poesía propiamente su-

ya que la que brota espontánea de su historia verdaderamente épica ni más filosofía que la razón escrita de sus leyes. Pero aun cuando su literatura sea toda ella reflejo y eco de la griega, esto no empece para que la copia haya igualado y tal vez superado algunas veces al original, ni empece tampoco para que las letras latinas sean á un mismo tiempo antecedente histórico imprescindible de las castellanas; modelo acabado de belleza y acendrado gusto, é inexhausto depósito de sabios preceptos que no han envejecido, ni es creíble que lleguen á envejecer.

De ello son clara prueba los libros de Oratore de Cicerón, en donde el autor habla de su arte con la elocuencia casi sobrehumana que dió á su palabra inmortal fuerza irresistible. Pero no se crea que Cicerón ha reinado en el mundo de las inteligencias solamente como orador y como preceptista, sino también como divulgador de la filosofía que pone las altas concepciones de inteligencias superiores al alcance del vulgo, el cual recibe de sus labios raudales de sabiduría y de elocuencia.

“Cicerón, dice el profundo Menéndez

“Pelayo, ha influido poderosamente en la “general cultura humana, por el talento á “tan pocos concedido de hacer sensible y “halagüeño lo abstracto, de sacar la filosofía de la escuela y traerla á la plaza y á la “morada de los humanos. Sus ideas no son “ni muchas, ni muy nuevas; pero las fórmulas en que las ha encerrado tienen perpetuidad marmórea.” El mismo Ciceron decía: “yo no he sacado mi elocuencia de “las oficinas de los retóricos, sino de los “jardines de la Academia.”

Como preceptista, sin duda ha sido más conocido y estudiado el autor de la carta á los Pisones. Excepto una ú otra regla arbitraria, aun hoy día subsiste y rige ese código de acendrado gusto en el cual falla Horacio sobre cuestiones literarias de alta trascendencia, entre ellas la hoy palpitante del arte por el arte que plantea en los siguientes exámetros:

*Aut prodesse volunt aut delectare poeta;
Aut simul et iucunda et idonea dicere vitæ;*

Y resuelve sumariamente en este otro verso:

Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci,

Fijando el justo medio entre ficciones absurdas, delirios de imaginaciones calenturientas y un realismo nimio y excesivo como el de nuestros días, quiere que por una parte toda ficción se acerque á la verdad: *Ficta voluptatis causa sint proxima veris*, y que el poeta no pierda de vista lo que de verdad es la vida humana.

“Respicere exemplar vite morumque iubebo”
“Doctum imitatore.”

Pero ante todo recomienda que en las producciones literarias brille siempre la unidad y la sencillez.

“Denique sit quod vis simplex duntaxat et unum.”

No consienten los límites de este discurso que haga yo el recuento de los deberes y derechos del escritor señalados en esta famosa epístola, ni tampoco es necesario repetir aquí lo que se halla en la memoria de todos.

Con Horacio ha compartido Quintiliano la enseñanza de los jóvenes escolares, y á ellos y á cuantos lo han estudiado, ha sido su lectura de gran provecho por su método de exposición, por el enlace de las doctri-

nas, por la síntesis que ofrece de ajenas enseñanzas, y además de todo esto por la elevación moral de los conceptos, lo depurado de su gusto y la elegante sencillez de su estilo.

Tan egregios escritores han contribuído á la educación estética de incontables generaciones, no sólo por lo que tienen de docentes sus obras sino por la belleza peregrina de su forma.

Así como á Cicerón corresponde la realeza del genio entre los oradores, á Virgilio le pertenece entre los poetas. A ella le dan derecho indisputable su inspiración soberana, la pureza y profundidad de sentimiento, la delicadeza de gusto y la sin par elegancia y transparencia de estilo.

No entra en el plan de este modesto discurso hacer las consideraciones que serían del caso, si se hubiera de defender al poeta mantuano de la injusticia con que se le niega por algunos críticos el lauro de la originalidad. Pero permítaseme notar que sin la facultad creadora propia del genio, ni habría podido producir su admirable epopeya con sólo los mezquinos elementos que le proporcionaban vagas y confusas tradicio-

nes, ni habría podido adelantarse á su época, revelándose, según quieren entendidos críticos, poeta cristiano y *medieval*.

Frany, censor acerbo, y en mi concepto injusto de los autores latinos, afirma que éstos conocían al hombre menos que los griegos, y nos invita á comparar al Eneas de Virgilio con el Aquiles de Homero. Si no me equivoco, Eneas siente, obra y habla de un modo enteramente humano; pero sin la rudeza de Aquiles y de los compañeros de éste, que proceden como bárbaros en quienes lo más admirable es la brutal fuerza física. En el protagonista de la Eneida, con el valor heroico y con la destreza en las armas se compadecen la piedad filial, el amor á su esposa Creusa y á su hijo Julio, y la paternal solicitud por sus socios y comilitones. Virgilio, pensando quizá que no bastaba tanta belleza moral para ennoblecer la figura de su héroe, hermosea también su cuerpo y nos le presenta como un dios, cuando deshecha la nube que lo rodeaba, aparece á los ojos de la reina Dido "resplandeciente en medio de una viva luz, semejante en su rostro y apostura á un dios, porque su misma madre había in-

"fundido en su hermosa cabellera y en sus ojos el resplandor purpúreo y la alegre lozanía de la juventud; así la mano del artífice añade belleza al marfil ó engasta con amarillo oro la plata y la piedra de Paros." (1) Y yo me atreveré á decir, parodiando esta última frase: así el genio de Virgilio heredó en su héroe la grandiosidad con la cultura y la belleza.

La monumental historia de Tito Livio tiene el interés y movimiento del drama y á veces también la grandeza y elevación de la epopeya. Sus arengas son modelo de elocuencia superior á todo encomio, como dijo Quintiliano.

Su narración, según el mismo crítico, es gratísima por la claridad, y ningún historiador es más conmovedor ni más patético que él.

Los libros que nos quedan de su obra inmortal, son á un mismo tiempo historia, drama y epopeya que han transmitido á la posteridad el alma del pueblo romano, tal como fué, con su grandeza y con sus vicios.

Hay en Tito Livio menos profundidad y

[1] Traducción de D. Eugenio Ochoa.

quizá menos artificio dramático que en Tácito; en cambio su estilo tiene mayor brillo que el de César, el Gran Capitán cuya gloria militar y cuya importancia política, con ser tan grandes, no fueron parte á obscurecer en él al orador elocuente, émulo de Cicerón y de Hortensio, al escritor admirable y al puntual historiador. Su estilo diáfano como límpido cristal, se distingue por su noble y elegante sencillez. La crítica moderna le ha comparado con Jenofonte.

Al hablar de los escritores latinos que más han influido en la educación de la posteridad, no es posible hacer caso omiso de Lucio Anneo Séneca el Filósofo. “uno de los principales educadores del mundo moderno y especialmente de la raza española,” según piensa el Sr. Menéndez Pelayo.

Su severidad estoica y su moral enteramente desinteresada, nos lo presentan como uno de los antecesores, ó mejor diré, de los maestros de Kant, más bien caracterizados.

“Si me preguntas, dice, qué busco en la virtud, te declararé que nada, sino la virtud misma, porque nada hay mejor que ella, y es precio de sí propia,”

Las consideraciones que acabo de hacer

sobre los escritos de algunos próceres de la literatura latina y que en parte he tomado prestadas al insigne Menéndez Pelayo, someras como son, bastan para poner de manifiesto su influjo benéfico en la educación y cultura del espíritu humano. Iluminados estos escritores por inspiración que viene de lo alto, son como cimas de elevadas montañas, doradas por los rayos del sol de la mañana; su luz casta y apacible ha llegado hasta nosotros al través de veinte siglos, y hoy todavía inunda nuestra inteligencia.

Los que conocen el valer inmenso de estos ingenios soberanos hasta hoy no superados, pueden aquilatar los frutos opimos que de sus obras hoy todavía recogemos, y llegar á las conclusiones prácticas que Julio Simón formula en estos términos:

“Es necesario educar á nuestros hijos para nuestro tiempo y para nuestra nación; pero es preciso no separar nuestro tiempo y nuestra nación de la tradición de las razas latinas y de la tradición humana. En la serie de los hechos históricos y en el desarrollo intelectual y moral de la humanidad, no puede ni debe haber abismos. La moral, como la poesía y la elo-